

# Luis Cernuda y la suprarrealidad del deseo

Ignacio Solares

*En alguno de sus poemas, Luis Cernuda dice: “Sólo quiero mi brazo sobre otro brazo amigo / Que otros ojos compartan lo que miran los míos”. Ignacio Solares busca entre los versos del sevillano esa realidad que se sostiene —afirma—, en el llanto y la trascendencia, y lo condena a la soledad. Cernuda encontró en México ese anhelado brazo y, a más de cien años de su nacimiento, muchos ojos miramos lo que miraron los suyos. El presente texto inauguró la Cátedra Luis Cernuda en la Universidad de Sevilla el pasado 17 de mayo.*

## 1. CERNUDA EN LA SIERRA TARAHUMARA

En alguno de sus poemas, Luis Cernuda dice sólo saber de su llanto. Confesión que, me parece, encierra el simple secreto de su obra. La exacta conciencia del llanto es también su valeroso sostén, incluso su exaltación ante el acto mismo de vivir, pero también es su rechazo de todo consuelo fácil o falso y, sobre todo, ese llanto es su condena a un camino de insalvable soledad.

De insalvable soledad, hay que decirlo, pero de riquísima comunicación con lectores que participen del mismo mal (o del mismo bien, según se le quiera ver). Por eso Cernuda es un poeta solitario para solitarios lectores,

de todas las edades, pero muy especialmente, como fue mi caso, para lectores de la primera juventud, de ese momento en ocasiones impreciso en lo exterior pero muy exacto en lo interior, en que se sale de la adolescencia para abrir los ojos pasmados al “otro” mundo, a eso que se da en llamar “la mayoría de edad”, o sea una de las etapas de la vida en que más desubicado y solo se siente uno y cuando más proclive está a compartir el llanto del poeta elegido. El llanto, y su vocación de nombrar, de convertir la escritura, y la lectura, en un acto catártico. Esa edad en que la vocación literaria, si la hay, se inclina por lo general hacia la poesía. Hay que nombrar, nos decimos entonces, porque nombrar es apresar. Ahí está todo: esa estrella

esperando que la llamemos Sirio, ese mar para que digan que es purpúreo, algún sentimiento confuso, impreciso, que el poeta nos traduce como enamoramiento. Todo espera a que le pongamos nombre para que sea nuestro. Como la Tierra hace doscientos años, nuestra alma tiene todavía sus áfricas sombrías, sus borneos sin mapas y sus cuencas del Amazonas. Sólo la poesía se adentra en esos territorios nuestros, inexplorados. “Hay poemas que, al momento de escribirlos, me duelen en el corazón”, le escribió Cernuda a Concha de Albornoz. (Curioso que Cernuda muriera, precisamente, de un ataque cardíaco.)

Sueño lúcido, fantasía encarnada, la poesía nos completa y complementa, a nosotros, pobres seres mutilados a quienes ha sido impuesta la atroz dicotomía de tener una vida, una sola vida, y los sueños y los deseos para anhelar mil, miles de vidas. Porque querer ser más de lo que realmente somos ha sido la aspiración humana por excelencia, y en ninguna otra parte, en ningún otro sitio, encuentra mejor expresión que en la poesía.

Un sacerdote jesuita, profesor de Literatura, me descubrió a Cernuda en el segundo año de preparatoria. Nos pidió un trabajo sobre *Lázaro*, al que consideraba uno de los grandes poemas de la literatura religiosa en español. ¿Religiosa? La etiqueta, como descubrí tiempo después, era lo de menos. Lo importante fue que el encuentro con Cernuda, religioso, en efecto, pero también blasfemo, dulce pero también amargo, exaltado pero también triste, ese encuentro con el gran poeta, pleno de contradicciones, me resultó de lo más revelador. “Todos los extremos me tocan”, decía.

El padre Blanco, madrileño de nacimiento, había llegado a México muy niño, y la vocación sacerdotal lo llevó, como a tantos otros jesuitas en aquellos años, a una prestigiada escuela en Chihuahua, y con cierta frecuencia a la Sierra Tarahumara —donde convivía y ayudaba a los indios en sus más elementales necesidades, especialmente a nacer y a morir, además de llevar a sus alumnos de Literatura algunos fines de semana a reflexiones, meditaciones y paseos. Por supuesto, no faltó el compañero que, seducido por el paisaje de picos nevados y barrancas abruptas, y por las persuasivas lecturas del padre Blanco, abandonara el mundo y también siguiera el camino sacerdotal. Perfectamente rasurado, con unos gruesos lentes de aro de metal que escondían unos ojitos escrutadores y pugnaces, que se agitaban como peces en una pecera, al leer *Lázaro* de Cernuda —o algún pasaje de *Las moradas* de Santa Teresa, o de la autobiografía de San Ignacio, o poesías de Lope, de Calderón o de Antonio Machado—, al leer, el padre Blanco agitaba una mano en el aire, como si siguiera unos compases musicales secretos, y por momentos asomaba por entre la amplia manga de la sotana un antebrazo como una viborilla pálida.



Luis Cernuda en el Paseo de Colón, Sevilla, 1934

Ahí escuché por primera vez a Cernuda y cada vez que regreso a la Sierra Tarahumara me parece que *Lázaro* vuelve a tomar cuerpo y a resonar entre las altas rocas dentadas, algunas con sus capuchones de nieve, macizas y solitarias bajo el cielo transparente.

En efecto, en ese poema, el poeta llora al abrir los ojos a la nueva vida —¿no cada mañana, al despertar, vivimos una resurrección?—, pero a pesar de que al salir de la tumba *Lázaro* encuentra el pan amargo y sin sabor la fruta, los cuerpos sin deseo; a pesar de que sintió de nuevo el sueño, la locura y el error de estar vivo, “siendo carne doliente día a día”; a pesar de ello, Él lo había llamado y no le quedaba más remedio que seguirlo.

Vi unos ojos llenos de compasión  
Y hallé temblando un alma,  
...  
Donde mi alma se copiaba inmensa,  
Por el amor, dueña del mundo.

Él conocía que todo estaba muerto  
En mí, que yo era un muerto  
Andando entre los muertos.

Sentado a su derecha me veía  
Como aquel que festejan al retorno.  
La mano suya descansaba cerca

Y recliné la frente sobre ella  
 Con asco de mi cuerpo y de mi alma.  
 Así pedí en silencio, como se pide  
 A Dios, porque su nombre,  
 Más vasto que los templos, los mares, las estrellas,  
 Cabe en el desconsuelo del hombre que está solo,  
 Fuerza para llevar la vida nuevamente.

Así rogué, con lágrimas.

Esa sustancia inmaterial, huidiza como el azogue, y sin embargo esencialmente humana que es la vida hecha tacto, contacto, sensación, deseo, temor, impulso, es el prisma a través del cual el poeta muestra el mundo, el nuevo mundo de Lázaro. Y a ello se debe la extraordinaria atmósfera que, desde los primeros versos, consigue el poema: la de una realidad suspendida y sutil, en la que la materia —materia que estaba muerta y de pronto es resucitada— parecería haberse contaminado de una alta sublimación divina, dotada de la misma calidad evasiva que la luz, que los olores, que las tiernas y furtivas emociones inéditas con que enfrenta Lázaro su renacer.

Yo no recuerdo sino el frío  
 Extraño que brotaba  
 Desde la tierra honda, con angustia  
 De entresueño, y lento iba

A despertar el pecho,  
 ...  
 En mi cuerpo dolía  
 Un dolor vivo o un dolor soñado

Episodio que quizás en muchos otros poetas anteriores a Cernuda —y también posteriores, hay que decirlo—, estimularía la efusión retórica, la sobrecarga emocional y plañidera. Aquí, la sobriedad de Cernuda lo ha enfriado, infundiéndole una hermosa categoría plástica y privándolo de cualquier indicio de autocompasión y del menor chantaje emocional al lector. Lo que entraña esa escena de confusión y desvarío para el personaje, ha adquirido una profunda dignidad humana y por obra del riguroso estilo de Cernuda, se ha vuelto transmisible, claro y directo. Y es precisamente la transparencia, ese tono casi coloquial que envuelve esos episodios excesivos de Lázaro al resucitar, lo que excita la sensibilidad del lector. Éste, desafiado por la sobriedad del poeta, reacciona, entra emotivamente en el poema, y se conmueve de veras.

Oyeron su voz tranquila  
 Llamándome, como un amigo nos llama  
 Cuando atrás se queda alguno.

“Eh, Lázaro, despierta de nuevo, que ya salió el sol”. Hay mañanas en que, personalmente, nada me



Luis Cernuda en Madrid, verano de 1929



reconforta tanto como releer el poema de Cernuda. “Señor, ayúdame a remontar la cuesta de este nuevo día”. Quizá por esto, Gómez de la Serna relaciona la resurrección de Lázaro con la salida del sol cada mañana y, dice, si no hubiera alguien despierto en el momento del alba para “aupar” al sol a salir de una buena vez, a “resucitarlo”, vamos sol, levántate y anda e iluminámanos una vez más, si no fuera así, dice Gómez de la Serna, es posible que el sol no saliera más y el mundo se quedara a oscuras.

Es sabido que toda atención funciona como una especie de pararrayos y basta concentrarse en un determinado terreno para que frecuentes analogías acudan extramuros y salten la tapia de la cosa en sí, eso que se da en llamar coincidencias, afinidades, concomitancias, etcétera. En todo caso, a mí me ha ocurrido en ocasiones cumplir ciclos dentro de los cuales lo realmente significativo giraba en torno a un agujero central que era, paradójicamente, el libro que leía o el texto que intentaba escribir. Por ejemplo, mientras escribía un ensayo sobre Julio Cortázar, enterarme por boca del propio Ernesto Cardenal que ese poema de Cernuda, *Lázaro*, Cardenal lo ponía en sus oraciones y meditaciones matinales en su refugio de Solentiname y que en una ocasión en que estuvo por ahí Julio Cortázar, lloró al escucharlo.

—Bueno, pero ya ve usted que Cortázar lloraba casi con cualquier buen poema —me dijo Cardenal, algo que yo desconocía.

Curiosa coincidencia la del llanto en estos dos escritores, tan sobrios y tan afines, tan antirretóricos, por lo demás. Algo que me confirmó el también nicaragüense, Sergio Ramírez —autor de una gran novela sobre Rubén Darío— quien también estuvo presente aquella mañana. Cortázar les habló de su admiración por Cernuda, dijo que junto con Pedro Salinas era el poeta que más admiraba de la generación del 27, y durante la comida, particularmente emotiva, les recitó, de memoria, otros poemas del poeta sevillano.

¿No era Mariano José de Larra, uno de los autores predilectos de Cernuda, quien decía que escribir en E España es llorar?

La actitud religiosa de Cernuda resultaba también de lo más atractiva en aquellos años preparatorianos, bajo la férula de los jesuitas.

Lo que mueve al santo,  
La renuncia del santo  
(Niega tus deseos  
Y hallarás entonces  
Lo que tu corazón desea),  
Son sobrehumanos. Ahí te inclinas y pasas.  
Porque algunos nacieron para santos.  
Y otros para ser sólo hombres.



Número 32 de la revista *Nivel*, dedicado a Luis Cernuda, 25 de agosto de 1961

Poema que se completa y complementa, a pesar de su aparente contradicción, con este otro verso:

El reino del poeta tampoco es de este mundo.

Porque el reino del poeta es el de la poesía y la poesía no vive —sobrevive— sino en su propio espacio. En ese espacio privilegiado —habitado por otras formas de la santidad y de la posesión— podrá elaborar el amor, el amor al que Cernuda sí se atreve a ponerle nombre, aun cuando esta celebración lo coloque fuera del mundo. El problema del poeta es aceptar, por un lado, esa calidad marginal, esa exigencia de apartarse del mundo establecido para seguir su vocación literaria y, por otro, reconocer su plena condición humana y nada más que humana. Por algo, luego de *Los placeres prohibidos*, Cernuda publica *Donde habite el olvido*. Después de los placeres prohibidos, después de conocer el placer, de reconocerlo como suyo, de aceptarlo y celebrarlo, el poeta también acepta la fragilidad del amor, la fugacidad de la vida y su inevitable camino hacia la pérdida y la muerte.

Donde habite el olvido,  
En los vastos jardines sin aurora;  
Donde yo sólo sea  
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas

Lo cierto es que, desde aquellas lecturas juveniles, nunca he podido deslindar a la poesía de su carácter lúdico y, sobre todo, mágico. Hay que meterse en el poema como Alicia a través del espejo. Porque algo es indudable: la evolución racionalizante del hombre moderno ha eliminado la cosmovisión mágica, sustituyéndola, paso a paso, por las articulaciones que ilustran la historia de la filosofía y de la ciencia. En planos iguales, el método mágico fue desalojado progresivamente por el método filosófico científico. Su antagonismo evidente se traduce aún hoy en restos de la batalla, como la que libran el médico y el curandero, pero es evidente que el hombre ha renunciado de manera casi total a una concepción mágica del mundo en aras del dominio y, claro, de la comercialización. Quedan las formas aberrantes, las recurrencias propias de un inconsciente que encuentra salidas en la magia negra o blanca, en los ritos esotéricos caribeños, en el vistazo de reojo al horóscopo del día por si acaso. Pero la verdad es que la elección entre la bola de cristal y el doctorado en Psicología, entre el pase magnético y la inyección de penicilina, está definitivamente hecha y parece irreversible. Sin embargo, para sorpresa de los racionalistas y prácticos, la historia no termina ahí. Mientras de siglo en siglo, se libraba el combate del mago y el filósofo, del curandero y el médico, del profeta y el político, un tercer protagonista, llamado poeta, continuaba sin oposición alguna una tarea extrañamente análoga a la actividad mágica primitiva. Su aparente diferencia con el mago (cosa que lo salvó de la extinción) era proceder por “amor al arte”, por nada,



Pedro Salinas, León Sánchez Cuesta y Luis Cernuda, 1928

por un puñado de hermosos frutos inofensivos y consoladores: belleza, catarsis, alegría, conmemoración. Al ansia de dominio y control de la realidad, sucedía, por parte del poeta, un ejercicio que no iba más allá de lo estético y lo espiritual. Y como a primera vista el poeta no disputaba al filósofo, al científico o al político el control de esa realidad, fue dejado en paz, mirado con indulgencia, y si se le expulsó de la Corte del Príncipe fue a modo de advertencia y demarcación higiénica de territorios. Tú allá, en la luna, nosotros aquí, en la tierra. Finalmente, como nos dirá Cernuda, los brazos del poeta son tan sólo de nubes.

Un día comprendió cómo sus brazos eran  
Solamente de nubes;  
Imposible con nubes estrechar hasta el fondo  
Un cuerpo, una fortuna.

## 2. CERNUDA EN BUSCA DEL POETA FUTURO

Todo tiene que ver con todo apenas nos abrimos a nuestra mejor capacidad receptiva y, en aquellos años juveniles de los libros iniciáticos, la saturación llegaba a tal punto que lo único honrado era aceptar sin discusión esa lluvia de meteoritos que entraba por ventanas de cafecitos sombríos, diálogos abismales con amigos que acababan de descubrir al mismo poeta, azares cotidianos, y convertirlo todo en coincidencias inquietantes, en confirmaciones y paralelismos. En todo caso, una afinidad por la que el poema alcanza su más alto significado, tanto para el autor que lo crea, como para el lector que lo recrea.

Cernuda de alguna manera lo sabía y de ahí estas líneas en una carta escrita poco antes de morir al pintor Gregorio Prieto:

Octavio Paz me decía el otro día que los escritores jóvenes mexicanos empiezan a ostentar, por decirlo así, mi influencia. También, un compositor joven me pide permiso para publicar siete poemas míos a los que ha puesto música. Perdona esta especie de propaganda de mí mismo, sé que es estúpido, pero me alegra tanto ver a esta gente joven mexicana interesándose, e incluso amando, mi trabajo, ante la fría y cruel indiferencia de la gente de mi generación...

Es cierto, por esas fechas, la obra de Cernuda empezaba a llamar la atención de algunos de los escritores que habrían de conformar la generación inmediatamente posterior a la de Octavio Paz: Tomás Segovia, José Emilio Pacheco, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Carlos Monsiváis, Gabriel Zaid.

Por ejemplo, Tomás Segovia, en una nota publicada en la *Revista mexicana de literatura*, en 1959.



Luis Cernuda en Almería, *guache* de Ramón Gaya, 1934

Hay que reconocer que la autenticidad de Cernuda se puede comparar sin menoscabo con la de Bécquer y que encuentra en él incluso una voz más limpia, una voz “sobrecuqueriana”, porque, cuando se lo ha propuesto, Cernuda ha alcanzado una pureza de dicción rara vez superada en español.

Juan García Ponce en *México en la Cultura* en 1961:

Poeta vivo, médula de lo viviente poético en lengua española de hoy, el experimento de la lectura de Luis Cernuda es una toma de conciencia actual de la poesía.

José Emilio Pacheco, en 1963, también en la misma *Revista mexicana de literatura*:

La tentación de seguir a Cernuda, de escribir como él, no es despreciable; cómo quisiéramos abandonar esa retórica que nos ata a lo mismo de siempre y nos obliga a reflejar reflejos.

Aunque algunos años después, en 1973, Gabriel Zaid escribió un texto de lo más lúcido sobre Cernuda, en una de cuyas partes dice:

Claro que esta audacia técnica implica una audacia moral. En esto, Cernuda fue intransigente y apasionado: quiso ser él, en tiempos en que esta pretensión no se había convertido en una banalidad invertida. Su vida personal puede llamarse heroica. Su capacidad de marginación económica y social llegó a límites

increíbles, sin renunciar jamás a hacer su vida como una obra. Esto es decir también que lo mejor de su crítica fue su vida, por su forma de hacerla.

Cernuda es, en efecto, uno de los poetas que mejor y más claramente habla a quienes quisieran ser poetas, o por lo menos acercarse a alguna de las múltiples formas que toma en la escritura y en la vida cotidiana la poesía.

En medio de estos cuerpos contemporáneos,  
Vivos de modo diferente al de mi cuerpo  
De tierra loca que pugna por ser ala  
Y alcanzar aquel muro del espacio  
Separando mis años de los tuyos futuros.  
Sólo quiero mi brazo sobre otro brazo amigo,  
Que otros ojos compartan lo que miran los míos.  
Aunque tú no sabrás con cuánto amor hoy busco  
Por ese abismo blanco del tiempo venidero  
La sombra de tu alma futura, para aprender de ella.  
A ordenar mi pasión según nueva medida.

El poeta entrevé las puertas por las cuales él mismo y la sombra del poeta futuro se adentrarán tanteando con los ojos y buscando juntos el paso. Su tarea, a fin de cuentas, es alcanzar ese encuentro con “el otro”, con lo “Otro”, comunión verdadera en la que esas dos sombras se entreveran como volutas de humo en lo alto, algo que, allá arriba, sería la cima del poema, de la trascendencia compartida. ¿Hay trascendencia si no es compartida? La mejor forma del misterio no se escribe con



Vicente Aleixandre, Luis Cernuda y Federico García Lorca en Madrid, 1931

mayúscula, como imaginan tantos narradores, sino que por lo general está *entre*, intersticialmente, escondida entre las líneas del poema. Es lo que nos dice el texto hindú, el *Bhairava*:

En el momento en que se perciben dos cosas, tomando conciencia del intervalo entre ellas, hay que ahincarse en ese intervalo. Si se eliminan simultáneamente las dos cosas, entonces, en ese intervalo, resplandece la Realidad.

Al por lo general modesto, pequeño cuarto de algún joven poeta futuro, quien noche a noche ve hacerse y deshacerse tantas volutas de humo y tantos poemas posibles e imposibles, tantos intersticios que valen para el espacio como para el tiempo, temores y sueños, repercusiones a la distancia a través de las cuales nuestro escritor sevillano, muerto hace años, llega a darle realidad a su irrealidad, como dice el texto hindú, por *entre* los intervalos de alguno de sus poemas. Pareciera que la función simbólica de la escritura debe adelantarse siempre a su objeto y sólo encuentra lo supuestamente real cuando se le adelanta en lo imaginario.

He venido para ver la muerte  
Y su graciosa red de cazar mariposas,  
He venido para esperarte  
Con los brazos un tanto en el aire,  
He venido no sé por qué;  
Un día abrí los ojos: he venido.

Para el poeta, su capacidad de asombro no tiene límites. Quizá por ello, su dolorosa capacidad de vidente, de percibir las sombras, precisamente por entre los intersticios de las cosas.

Tu destino será escuchar lo que digan  
Las sombras inclinadas sobre la cuna.

Parafraseando a José Emilio Pacheco, podríamos decir que, en efecto, al doctor Freud le costó toda una vida de escudriñar y escarbar dentro del alma humana, lo que al poeta le llevó estos dos versos: “Tu destino será escuchar lo que digan/ Las sombras inclinadas sobre la cuna”. Por algo decía Freud que, mucho antes que él, los poetas habían descubierto el inconsciente. Antes de que los psicólogos y los psicoanalistas existieran, antes aun de que lo hicieran los magos y los brujos, ya los poetas ayudaban a los hombres (quizá sin que lo sospecharan) a coexistir entre ellos y a exorcizar ciertos demonios y fantasmas.

Entre ellos ha de vivir el poeta, entre “los fantasmas del deseo”, como titula Cernuda una de sus poesías, “entre sombras frágiles, blancas”, porque “un poema es casi siempre un fantasma”, afirma. Y el final de la vida nos sorprenderá tan desnudos y tan desamparados de certidumbre como nos encontró al nacer, al descubrir las sombras inclinadas sobre la cuna.

Cuando la muerte quiera  
Una verdad quitar de entre mis manos,

Las hallará vacías, como en la adolescencia  
Ardientes de deseo, tendidas hacia el aire.

Obsérvese la significación poética del último verso: aun en el momento final el deseo se sabe reciente, joven, con las manos tendidas implorando. Son las mismas manos con que busca al poeta futuro: “He venido para esperarte / Con los brazos un tanto en el aire”. Lo que sustenta la vida —su poesía misma— y le da razón de ser, es ese tender las manos hacia el misterio, hacia lo “Otro”, hacia “el otro”.

Pero finalmente, qué dolorosa experiencia, cuánta insatisfacción y angustia debió suponer.

Yo no podré decirte nunca cuánto llevo luchando  
Para que mi palabra no se muera.

Y:

Tú no conocerás cómo domo mi miedo  
Para hacer de mi voz mi valentía,

Esa imposibilidad de contacto verdadero y posesorio con la realidad real, por llamarla así, da a la visión del poeta su carácter esencial. Y es que el mundo para él no será nunca poseído materialmente. Ni siquiera lo poseído por el sentimiento, porque ese sentimiento no pasa de ser un presentimiento.

Y su forma revela  
Un mundo eternamente presentido.

Como ha escrito Rogelio Reyes:

La noción de intemporalidad refleja lo que Cernuda buscaba al menos desde el momento en que comenzó a escribir *Ocnos* la fijación y recuperación literarias de la “sensación” de eternidad.

Oh, Dios. Tú que nos has hecho  
Para morir, ¿por qué nos infundiste  
La sed de eternidad, que hace al poeta?

Fiel su poesía a ese alto anhelo —¿imposible?— era inevitable que se contaminara de sombras, de fantasmas, de realidades ocultas. De ahí le viene al poeta ese carácter inmaterial, aéreo, de una desgarrada espiritualidad. De ahí deriva también esa especie de extraterrenalidad, de aspiración siempre “por algo más”, y que, nos dice Pedro Salinas, “califica a Cernuda con inconfundible trazo, en un sitio muy aparte, entre todos los demás poetas españoles de estos tiempos”.

Hacia el último cielo,  
Donde estrellas  
Sus labios dan a otras estrellas,  
Donde mis ojos, estos ojos,  
Se despiertan en otros.

En un mundo poblado por sombras, fantasmas y presentimientos, es inevitable que el poeta se sienta en soledad. Alta poesía de soledades la de Cernuda, con todo lo que ese hermoso vocablo lleva a cuevas de tradición en la literatura escrita en español.

Cómo llenarte, soledad,  
Sino contigo misma...

Y que recuerda el verso del poeta mexicano, José Gorostiza:

Inteligencia, soledad en llamas.



Luis Cernuda en Ávila, 12 de octubre de 1932

Pocas imágenes más angustiosas que la del poeta, abandonado en el Universo, en un Universo desolado, y que toma la imagen de un muro.

Un muro, ¿no comprendes?,  
Un muro frente al cual estoy solo.

El amor mismo pasa a ser otra de las formas —aunque la más alta— de la soledad.

Este triste trabajo  
De ser yo solo el amor y su imagen.

Pero, como también ha visto muy bien Pedro Salinas, esa soledad de Cernuda es la más clara forma de la plenitud y de la compañía, de la verdadera compañía con el “Otro” y “los otros”, con el poeta del futuro pero también con el del pasado, la mejor comunidad a que podemos aspirar en el curso y transcurso de nuestra historia espiritual. Soledad de poesía pura, y de pura poesía, como la de Góngora; amorosa, como era la de Garcilaso. Soledad que busca el último deseo, el más profundo como en Fray Luis; soledad de la aspiración e imitación divina, como en San Juan de la Cruz. Soledad

de anhelo desengañado, como en Bécquer. Por eso, el poeta “aun sin vida, está viviendo profundamente”. Y por eso: “La tierra está sola, y a solas canta”. Sólo el canto, la poesía, es capaz de curar la herida que ella misma provoca.

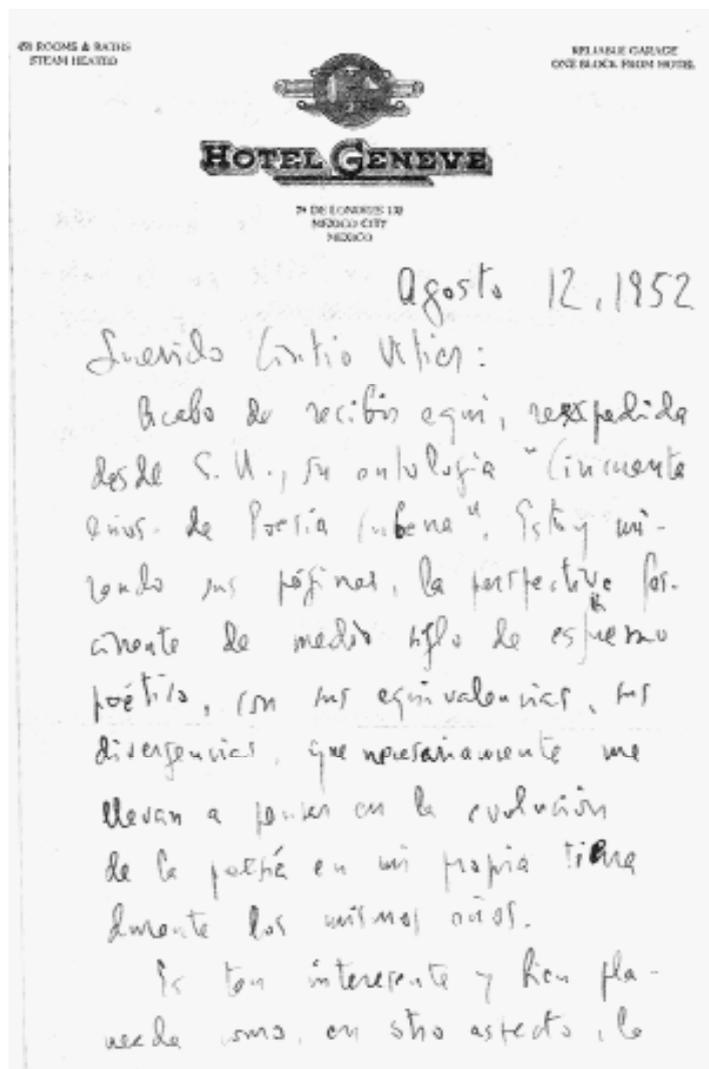
No hay consuelo posible porque, el poeta lo sabe, su mayor imposibilidad es una de las palabras que más resuena en *La realidad y el deseo*: la palabra olvido.

Luchan algunos por fijar nuestro anhelo,  
Como si hubiera alguien, más fuerte que nosotros,  
Que tuviera en memoria nuestro olvido;

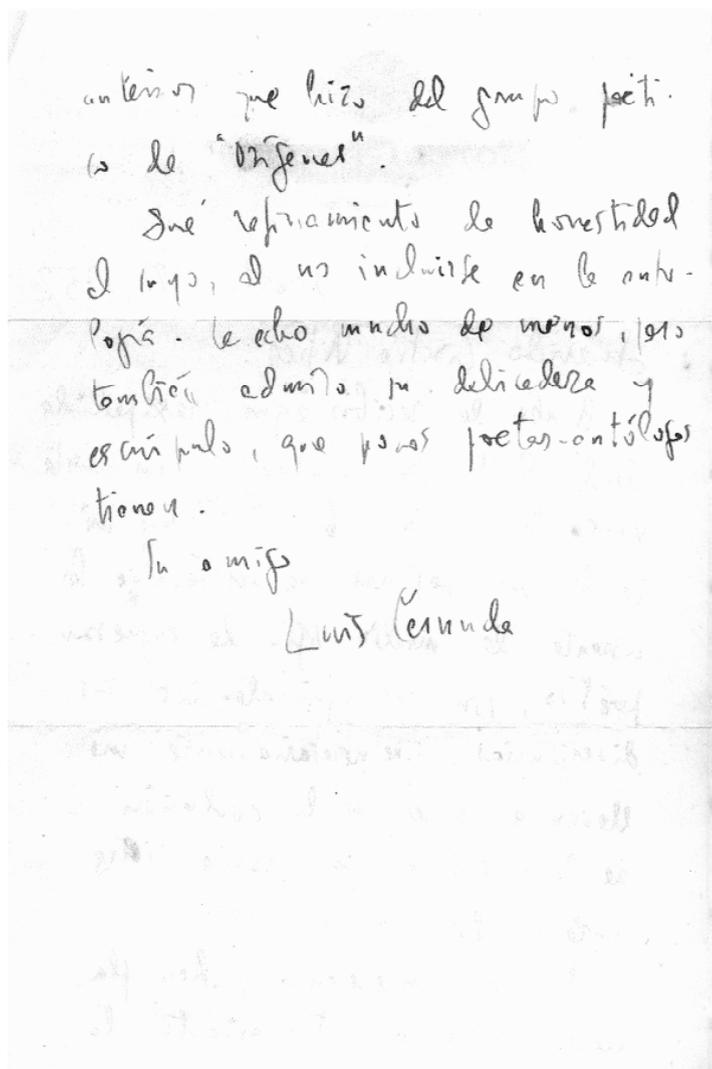
¿Por qué hay algo Ahí en lugar de no haber Nada? Creación Ahí donde el mismo poeta había afirmado la Nada, donde Nada parecía existir. Creación en lo inexistente, que es la más pura labor de la inteligencia poética.

### 3. CERNUDA EN MÉXICO

Tanto me impresionó por aquellos años la poesía de Cernuda, que intenté conocerlo. Una tarde lo vi a tra-



Carta de Luis Cernuda a Cintio Vitier, 12 de agosto de 1952



vés del vidrio opaco de un restaurante del centro de la Ciudad de México, conversando con un amigo. Se me quedaron grabados su traje gris Oxford y una corbata oscura. Estuve ahí un rato, hasta que lo vi salir solo e internarse y perderse entre los árboles de la Alameda, fumando su pipa. Nunca me atreví a abordarlo. Quizás haya sido mejor así, porque he tenido que buscarlo únicamente a través de su poesía y de las semblanzas que han hecho de él otros escritores. Quizá, la mejor sea la de Octavio Paz, quien reconoció —algo insólito en él— la influencia determinante del poeta sevillano (“La poesía de Luis Cernuda contribuyó a iluminarme por dentro y me ayudó a decir lo que quería decir”) —y de quien fue verdaderamente amigo. Cuenta Paz:

En contra de lo que muchos otros dicen, yo siempre lo encontré tolerante y cortés. Amigo leal y particularmente buen consejero, tanto en la vida como en la literatura. Era tímido pero no cobarde. Era reservado pero también franco. La moderación de su lenguaje daba firmeza a su rechazo de los valores establecidos. Respetaba los gustos y opiniones ajenos y pedía respeto para los suyos. Su intransigencia era de orden moral e intelectual: odiaba, literalmente, la inautenticidad (mentira e hipocresía) y no soportaba a los necios ni a los indiscretos. Era, por sobre todas las cosas, un ser libre y amaba la libertad en los otros. Cierto, a veces sus reacciones eran exageradas y sus juicios no eran siempre justos ni piadosos. ¿En nuestro medio no es mejor pecar por intransigencia que por complicidad política o de camarilla literaria? Tuvo pocos amigos, pero no compinches. Rompió con varios de esos amigos, a veces con razón, otras sin ella. En todo caso, exigía fidelidad absoluta a la amistad y él la daba a manos llenas. (Por ejemplo, fue conmovedor el cuidado con que preparó la edición de las Poesías de su amigo Manuel Altolaguirre.) Tenía verdadera fobia por la cursilería y por la afectación y de ahí su sobriedad al vestir, al hablar o al escribir. Le molestaba la familiaridad del trato de españoles e hispanoamericanos, que continuamente se entrometen en las vidas ajenas. Su humor era seco, pero sabía reírse de sí mismo. Uno de sus gustos era cenar en algún restaurante pequeño —le encantaban los cafés de chinos de la calle de Dolores— y después caminar hasta bien avanzada la noche, en charla tranquila pero abismal. En esas ocasiones era de lo más comunicativo y hablaba largamente. Tenía una virtud rara entre los escritores: sabía escuchar. Otra: era obsesivamente puntual. Fue siempre un rebelde y un solitario. Amaba México con pasión. Me gusta pensar que en sus años de destierro en Inglaterra, cuando su poesía era menospreciada en su patria y en el resto de Hispanoamérica, la amistad de uno o dos mexicanos —yo entre ellos— le hizo sentir que no estaba enteramente solo. Ese largo periodo de indiferencia ante su obra lo llevó a creer de veras que nadie se interesaba ni se interesaría en lo que

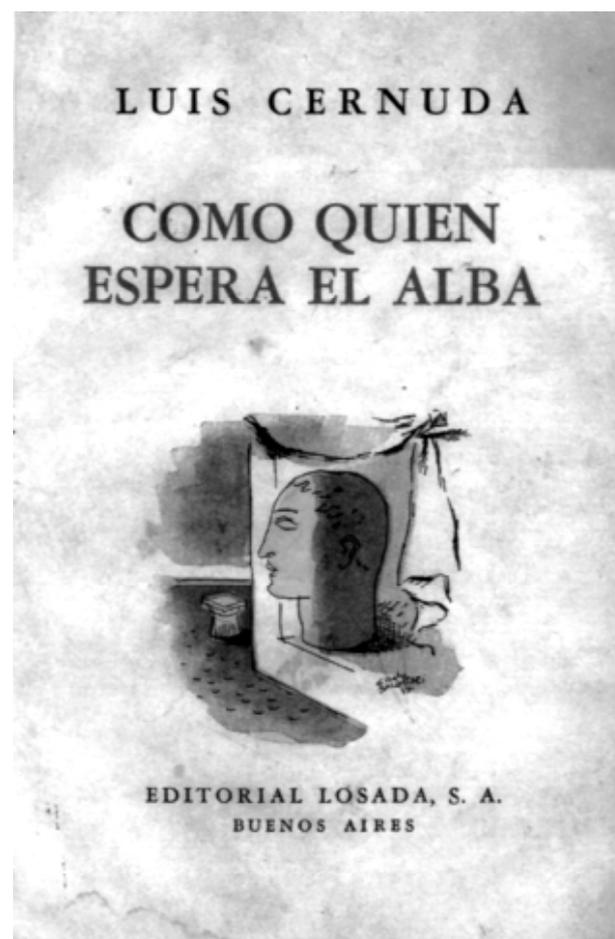
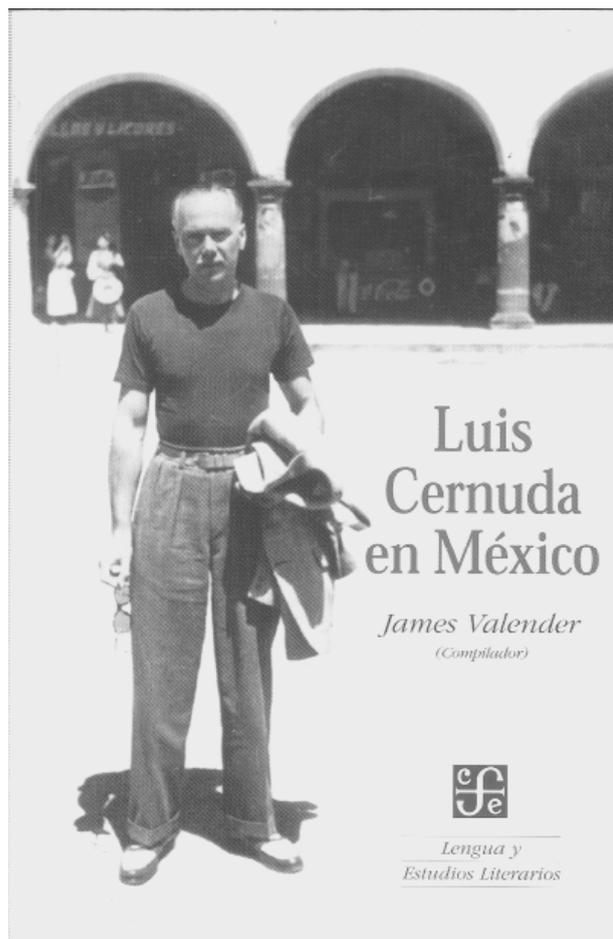


Certificado de Nacionalidad de Luis Cernuda, Toulouse, 17 de noviembre de 1928

escribía. Por eso recuerdo particularmente su gesto de sorpresa e incredulidad ante el entusiasmo con que Joaquín Díez-Canedo y Alí Chumacero acogieron la idea de publicar en el Fondo de Cultura Económica la tercera edición de *La realidad y el deseo*. Aun hoy me duele recordarlo y reconocerlo, pero aquella fue una de sus muy pocas alegrías de poeta, del gran poeta que fue.

En verdad, qué triste destino ser el gran poeta que fue —de alguna manera tenía que saberlo él mismo— y apenas encontrar un leve eco alrededor de su trabajo.

En noviembre de 1952, Cernuda renunció a su puesto en una universidad estadounidense (llegó a aborrecer, según propia confesión, el género de vida que le ofrecían los colegios ingleses y norteamericanos) y, con quinientos dólares en el bolsillo, regresó a México, en donde ya había vivido algunos años antes, y en donde el reencuentro con amigos —y, sobre todo con su idioma— le llenó de entusiasmo. Al llegar, alquiló un departamento amueblado en la calle Madrid, en el centro de la ciudad, pero al poco tiempo, a instancias de su amigo Manuel Altolaguirre, se fue a vivir a casa de Concha Méndez, en la calle de Tres Cruces, en Coyoacán. Con algunas breves interrupciones, ésta habría de ser su casa durante los once años que le quedaban de vida. Aunque la casa era chica, tenía un jardín amplio, con altos fresnos, en donde Cernuda estableció una rutina sobria y tranquila, sólo interrumpida por sus ocasionales paseos con amigos y sus clases en la Universidad Nacional Autónoma de México, en donde impartió un curso de poesía española y luego otro de teatro francés y español del siglo XVII.



En ese nuevo viaje desarrolló una de sus relaciones amorosas más importantes, con X, como él mismo lo nombra en *Historia de un libro*. Sin embargo, como escribió Jaime Gil de Biedma, “uno casi se siente tentado de sospechar que ese enamoramiento no fue sino la concreción final, en un cuerpo y en una persona, del deslumbramiento instantáneo, del inesperado brote de felicidad sensual que aquella tierra (México) propició en él, cuando en su edad madura apenas ya nada esperaba”.

El México que encuentra Cernuda es un país bullicioso, que hace gala de su reciente y tardío ingreso a la modernidad. Filósofos, poetas y escritores reflexionan acerca de “lo mexicano”, así, entre comillas. Reaccionando contra la etapa costumbrista que el cardenismo de los años treinta quiso vender como, supuestamente, la verdadera cultura mexicana. Estos problemas ontológicos de ninguna manera fueron ajenos para los intelectuales españoles, recién llegados, quienes hicieron valiosas aportaciones a la discusión, en lo que se convertiría el foro del debate: la colección llamada México y lo mexicano, de la editorial Porrúa. *Variaciones sobre tema mexicano*, de Cernuda, se inscribe en ese contexto, al igual que *Cornucopia de México* de José Moreno Villa y *En torno a la filosofía mexicana* de José Gaos. Estos libros, junto con sendos ensayos de Alfonso Reyes y Leopoldo Zea, entre otros, fueron los protagonistas del debate.

Detalle curioso: aun antes de conocer México, todavía en Inglaterra, Cernuda escribió un poema con tema mexicano, “Quetzalcóatl”, que le publicó Octavio Paz en la revista *El hijo pródigo*. Es un poema, como muchos suyos de ese periodo, en forma de monólogo. El que habla es un anónimo soldado de Hernán Cortés.

¿Quién venció a quién?, a veces me pregunto.

Nada queda hoy que hacer, acotada la tierra  
Que ahora el traficante reclama como suya  
...  
Del viento nació el dios y volvió al viento  
Que hizo de mí una pluma entre sus alas  
Oh tierra de la muerte, ¿dónde está tu victoria?

El poeta abraza los contrarios sin evitarlos ni suprimirlos. En su mirada se alían la culpa, la comprensión y la fugacidad de toda conquista humana. Pero lo más significativo, me parece, son las preguntas, que al leer el poema nos brincan a los ojos, por la cantidad de signos de interrogación, como agujas. ¿Será ése el sentido último del poema? Pienso que la poesía no nació para dar respuestas —tarea que, de alguna manera, constituye la finalidad de la ciencia, de la filosofía y de cierta literatura— sino más bien para eso, para hacer preguntas, para inquietar, para perturbar, para pincharnos los ojos con sus agujas, para

abrir la inteligencia, y sobre todo la sensibilidad a nuevas perspectivas de lo real y de lo suprarreal. Porque una pregunta como la que nos plantea Cernuda en su poema es siempre más que una pregunta. Está cuestionando una situación muy de fondo. ¿Qué fue *realmente*, para los españoles, para aquellos españoles, y para los mexicanos, aquellos mexicanos, la conquista de México? Una situación muy de fondo, en efecto, y una necesidad de llenar un hueco, en este caso histórico no menos que psicológico, quizá más que con una respuesta específica, con una intuición, con un simple vislumbre, que más que de la razón, venga de eso que Carl Gustav Jung llamó el inconsciente colectivo. “Del viento nació el dios y volvió al viento/ ¿Dónde está tu victoria?”

En *Variaciones sobre tema mexicano*, Cernuda tiene una imagen del indígena muy significativa, que podría agregarse al poema:

Gracias, Señor, por haberlo creado y salvado. Gracias por dejarnos ver todavía a alguien para quien Tu mundo no es una feria demente.

Creo que Octavio Paz da en el clavo cuando se pregunta si en el mundo indígena, o al menos en sus restos, no habría Cernuda encontrado un eco de su amor por el mundo árabe, vivo en el subsuelo psíquico de su Andalucía.

Lo cierto es que, finalmente, en este tipo de temas, encontrar una respuesta es muchos menos importante que el haber sido capaz —como lo fue el poeta— de vivir a fondo la pregunta, de avanzar por las pistas y las puertas que abre en nosotros, en forma inquietante e insospechada. Desde ese punto de vista, la poesía de Cernuda —ya lo veíamos en el caso de *Lázaro*— es la más formidable poesía interrogante a que haya dado lugar la literatura en español de los últimos tiempos.

Preguntas que pueden ser —en un hombre tan contradictorio como él lo fue siempre— parte consustancial de su amor por México. Dice Cernuda:

Por unos días hallaste en aquella tierra mexicana tu centro; que las almas tienen, también, centro en la tierra. El sentimiento de ser un extraño, que durante tanto tiempo atrás te perseguía por los lugares donde viviste, allí callaba, al fin dormido. Estabas en tu sitio, o en un sitio que podía ser el tuyo.

Bello contraste con el poema que Rogelio Reyes menciona al principio de su ensayo “De *Ocnos* a *Variaciones sobre tema mexicano*: la infancia recobrada de Luis Cernuda”.

Raíz del tronco verde, ¿quién le arranca?  
Aquel amor primero, ¿quién lo vence?

Tu sueño y tu recuerdo, ¿quién lo olvida,  
Tierra nativa, más mía cuanto más lejana?

Y que da lugar, en Rogelio Reyes, a esta reflexión:

Sevilla y México identificados en el alma del poeta por esa misma vivencia, abren y cierran en estructura circular, su ciclo biográfico. Cernuda exiliado de su paraíso interior, encontrará en esta nueva tierra de raíces hispánicas, un contrapunto a su permanente frustración de deserrado y a ese agudo sentimiento de pérdida que le acompañó siempre.

De España se alejó un escritor para quien la realidad, como lo imaginaba su admirado Mallarmé, debía culminar en un libro. En México nació un hombre para quien los libros debían culminar en la realidad. Mejor dicho, a pesar de sus dudas y sus descreencias, la verdad es que Cernuda no buscó tanto la realidad —esa realidad real, a la que nos referíamos antes— si-



Luis Cernuda en el castillo de la Mota, Medina del Campo, Valladolid, 6 de marzo de 1936

no el deseo, en especial el deseo de eso “Otro”, el deseo de la “Otra” realidad.

Pero a ti, Dios, ¿con qué te aplacaremos?  
Mi sed eras Tú. Tú fuiste mi amor perdido.  
Mi casa rota, mi vida trabajada, y la casa y la vida,  
De tantos hombres como yo a la deriva  
En el naufragio de un país.  
...  
No golpees airado mi cuerpo con tu rayo;  
Si el amor no eres Tú, ¿quién lo será en tu mundo?  
Compadécete al fin, escucha este murmullo  
Que ascendiendo llega como una ola  
Al pie de tu divina indiferencia.  
Mira las tristes piedras que llevamos  
Ya sobre nuestros hombros para enterrar tus dones:  
La hermosura, la verdad, la justicia, cuyo afán imposible  
Tú sólo eras capaz de infundir en nosotros.  
Si ellas murieran hoy, de la memoria tú te borrarías  
Como un sueño remoto de los hombres que fueron.

¿Habría que hablar de nuevo de lo premonitorio? Porque en una carta a María Zambrano de 1959 le dice, de pasada, que en alguna ocasión soñó con México antes de conocerlo. “Me soñaba en México, país al que aún no conocía”. Siempre me he preguntado cómo habrá sido ese sueño de Cernuda, y es una pena que no nos dé más detalles sobre él que esa simple línea. ¿Será la razón por la que antes de conocer México, todavía en Inglaterra, escribió un poema con tema mexicano? El sueño debió de ser muy vago, supongo. Quizá simplemente algo del paisaje que, cuatro siglos antes, fascinó a Cortés y a Bernal Díaz del Castillo. ¿Una simple imagen, quizás una presencia vaga? Porque, en efecto, con la poesía ocurre lo mismo que con algunos sueños, cuya intensidad es deslumbrante, pero también provoca inquietud, desaso-



Retrato a lápiz de Luis Cernuda por Gregorio Prieto, 1939

siego. ¿Cómo es posible que soñemos —con todo lo que encierran los sueños de realidad y de deseo— con un lugar que aún no conocemos? Recordamos esos sueños en el momento del despertar, pero una censura bien conocida los borra casi imperceptiblemente, dejándonos apenas unos pocos hilos enredados en las manos y la sensación de haber tocado de cerca algo esencial, que simultáneamente nuestra psique aleja de nosotros.

En especial porque en varias ocasiones escribió y dijo que, sabía, estaba seguro de que moriría en México.

Vicente Quirarte nos ha dejado, en un hermoso libro sobre Cernuda, una imagen muy precisa de lo que pudieron ser esos últimos momentos del poeta.

Una idea de la vida como presente perpetuo sólo puede desembocar en esta aceptación estoica de la muerte. En labios de la quimera, la visión existencial de Cernuda puede pronunciar estos versos amargos pero, en última instancia, redentores: “Morir es duro/ Mas no poder morir, si todo muere/ Es más duro todavía”. La muerte cura, cierra la herida de ya no poder disfrutar ni siquiera del tiempo presente, de “este momento irisado y perfecto. Ahora”. Así lo comprendió por fin Cernuda el 5 de noviembre de 1963, cuando la muerte lo sorprendió, apenas acabado de afeitarse, a las puertas del baño de la casa de Concha Méndez, en Coyoacán.

Pero quizás esa misma muerte la soñó y la escribió con anterioridad en muchísimas ocasiones. Para esa experiencia iniciática y premonitoria, contaba Cernuda con la admirable —y angustiada— característica de todo poeta: la de ser “otro”, estar siempre en y desde “otro” espacio. Su conciencia de esa forma de extraterritorialidad —que abre al poeta los accesos del Ser y le permite retornar con el poema a modo de diario de viaje— se revela en estos otros versos “A un poeta futuro”.

Cuando en días venideros, libre el hombre  
Del mundo primitivo a que hemos vuelto  
De tiniebla y de horror, lleve el destino  
Tu mano hacia el volumen donde yazcan  
Olvidados mis versos, y lo abras,  
Yo sé que sentirás mi voz llegarte,  
No de la letra vieja, mas del fondo  
Vivo en tu entraña, con un afán sin nombre  
Que tú dominarás. Escúchame y comprende.  
En tus limbos mi alma quizá recuerde algo,  
Y entonces en ti mismo mis sueños y deseos  
Tendrán razón al fin, y habré vivido.

En efecto, queridos amigos, no tengo duda de que en estos momentos, aquí, en su Sevilla natal, Luis Cernuda está vivo entre nosotros y con nosotros, como está vivo en México. [■]